

XXVI Seminario Interuniversitario de Teoría de la Educación
EDUCACIÓN PARA LA VIDA CIUDADANA EN UNA
SOCIEDAD PLURAL

Murcia, 19-21 de noviembre de 2017

Universidad de Murcia

PLANTILLA DE ADENDA

Autor/es: David Luque. Universidad Rey Juan Carlos

Título de la adenda: Formación de la conciencia y democracia. El papel necesario del amor.

Ponencia a la que se dirige la adenda: Construcción ética de la ciudadanía en la actualidad.

FORMACIÓN DE LA CONCIENCIA Y DEMOCRACIA. EL PAPEL NECESARIO DEL AMOR.¹

David Luque
Universidad Rey Juan Carlos

Resumen

La construcción de una ciudadanía que sea capaz de superar los problemas que se encuentra la democracia -acaso la violencia y el miedo al otro-, pasan por el ejercicio de pensar al hombre desde categorías que habían pasado desapercibidas. Una de esas categorías novedosas puede ser la conciencia, cuya dinámica se puede reducir a que orienta la conducta en única dirección, que es amar al otro. Siendo la conciencia, así, parte constitutiva de la persona, se puede colegir que ser hombre es ser amor y que el ejercicio de su libertad es amar a los otros acogiéndolos. Esto pasa por pensar una educación de la conciencia.

Palabras clave: Conciencia moral. Mandamiento del amor. Democracia. Formación de la conciencia.

I

Más que una adenda, el texto que traigo en esta ocasión se propone el reto de profundizar en tres elementos del texto referente que, leídos en continuidad, sugieren un modo distinto de pensar al hombre, a la democracia y el papel que juega en todo ello la educación. En las páginas diez y once, los autores sugieren que parte de la salida al diagnóstico de la cultura que han realizado en las páginas anteriores se podría encontrar en una pedagogía de la alteridad. Por otra parte, justo en el siguiente gran epígrafe se insiste en la necesidad de incidir en la construcción de la intimidad para que esto sea posible. Y esto pasa, lo que supondría un tercer punto, por una educación ética que es, a fin de cuentas, el tema sempiterno de la educación: una educación de la libertad. Las

¹ Este texto es fruto del trabajo que realicé en el Instituto Universitario Sophia en el marco de una beca postdoctoral. Se lo debo, sobre todo, a mis conversaciones con una persona que, a nivel intelectual y personal, me ha ayudado a comprender al ser humano de otro modo. Se lo debo, en fin, a Piero Coda. Ya perdonarás que sean ideas a vuelapluma.

tres cuestiones que acabo de referir conducen a una fundamental o que, al menos a mí, me lo parece. Lo que yo quiero aquí es pensar al hombre desde su intimidad, sobre todo en la manera en que algunos lo han pensado en el ámbito de lo moral, incidiendo en la conciencia, para intentar vislumbrar si es posible una comunidad distinta. De ser así, en fin, las orientaciones de una educación moral de la conciencia, si es que pudiera darse algo así, constituirían el fundamento de una educación democrática.

II

Una mirada atenta a la intimidad del corazón del hombre nos refiere no ya que el individuo se encuentra escindido en su seno, sino, todavía más profundamente, que se encuentra como habitado por una voz que no es él y que, sin embargo, le habla. Es lo que en teología moral se denomina como la voz de la conciencia y que se refiere al común de los mortales. Aunque no me interesa aquí discutir sobre el estatuto ontológico de la conciencia sí que me parece necesario dejar señalado que vendría a ser como una suerte de voz interna común a todas las personas, que orienta el acto moral y lo juzga. Pero, como digo, con independencia de qué sea ontológicamente la conciencia, lo que nos señala es una diversidad interna en la persona. O, dicho de otra manera, en la unidad interna de la persona se da como algo «otro» que lo constituye. Como un diálogo. Y esto permite extraer como una intuición antropológica. Que el ejercicio de comprenderse, de ser persona, requiere no un acto solipsista, sino, precisamente, el movimiento contrario: trascenderse, que se manifiesta en el diálogo con la conciencia. Los mandatos que la conciencia dirige al individuo, si atendemos a las interpretaciones que hacía Miguel García Baró de sus lecturas de Kierkegaard, se pueden reducir a uno solo: «ama, ama y ama», decía el filósofo. Si la conciencia funciona así, en efecto, entonces se puede decir que el hombre es constitutivamente amor. O, dicho de otra manera, que es amor entregándose. O, en fin, que ser persona es ser don. Y, precisamente por eso, porque la conciencia dicta una conducta que es, en última instancia, una acción del individuo, la constitución del «yo» no se da en una especie de búsqueda interna sino, precisamente, en la salida al otro. Es decir, que el «yo» se da en la contradicción de renunciar a él para acoger a todo lo otro. A mi conciencia, que me ordena que ame, y, por ella, a las

personas que me encuentro. Acogiendo al otro soy yo mismo porque yo soy amor. Esto afirma no solo mi existencia, sino la existencia de los otros, a los que no niego para constituirme. Y esto lleva a una conclusión. Que el hombre es amor².

III

La concepción de la libertad que se revela de las breves líneas que he escrito con anterioridad va un paso más allá de la tradicional interpretación aristotélica. La libertad, en el marco de comprensión que he referido, no es tanto un ejercicio ascético que el hombre hace para auto-poseerse como la capacidad de vaciarse de uno mismo para abrirse a los demás y acogerlos. El hombre es liberado para amar. No se trata, en fin, de negar la teoría de la virtud, pues para amar es necesario ser muy fuerte y muy justo y muy templado y muy prudente. Se trata de afirmar que el mandato del amor que dicta la conciencia a todas las personas infundona cualquier otra virtud y la conduce al extremo. La virtud que obedece a una conciencia que dicta el mandato de amar, amar y amar ya no se sitúa en el término medio, sino en el extremo y en la radicalidad: es amar sin medida: es amar como nos gustaría ser amados.

Y, ahora, si se piensa en personas que construyen su existencia en el ejercicio de una libertad concebida desde el mandamiento del amor que nace de la conciencia se puede pensar, en fin, que se ama en comunidad. O, dicho de otra manera, que la democracia sería la comunidad de los que aman. No, en fin, una democracia pensada desde la amistad política que Aristóteles define en los libros VIII y IX de la *Ética a Nicómaco*. La amistad que se dibuja allí, tanto en su forma más perfecta como en la que se da por interés, exige relaciones de reciprocidad. Pero nadie no puede ser amigo de quien le niega la amistad. Con el amor sucede exactamente lo contrario. Cualquier persona puede estar enamorada de alguien que no le corresponde. Esto sucede así en la

² La ontología trinitaria que se desarrolla al hilo de las reflexiones de Klaus Hemmerle y Piero Coda otorga un fundamento trinitario a todos los argumentos que vengo desarrollando. Que, en el fondo, lo que sucede es que la constitución antropológica del hombre esta fundamenta en la constitución ontológica de Dios Trinidad. Que lo Uno es, precisamente, la diversidad de las personas que la constituyen. De ahí deducen ellos que el yo es, precisamente, la apertura al otro que, al entrar en mí, me constituye como amor. Y así, en fin, se puede concluir que de Dios, que es ontológicamente amor, el hombre es, efectivamente, amor.

dimensión del *eros* y conduce a la situación trágica del amor no correspondido que tan bien han sabido cantar los románticos. Pero, cuando nos situamos en la dimensión del *ágape*, la interpretación varía. Amar sin ser correspondido no supone una tragedia, sino una parte constitutiva de la dimensión propia del amor. Amo como me amaría a mí mismo sin esperar ser amado, pero sabiendo que el otro ama de la misma manera. La democracia sería esto. Afirmar que el *ágape* conduce a la *koinonía*.

IV

De manera que, como afirma el texto de Antonio Bernal, Vicent Gonzálvez y Marta Burguet, cualquier construcción de la ciudadanía pasa por una educación de la libertad que es necesariamente moral. Las grandes aportaciones respecto de la educación moral han profundizado, más bien, en la ética de las virtudes o bien relacionándola con el *flourishing human* -la felicidad, en fin, vista desde una perspectiva dinámica- o bien con la formación del carácter. Pero no ha sucedido así en lo que tiene ver con la conciencia. Ya no por la manera en que esta se puede relacionar con las virtudes, que yo he sugerido aquí muy de pasada. Sino ni siquiera vista como en una formación en sí misma. Todo lo más, se encuentran textos que corresponden a la tradición católica. John Henry Newman, sobre todo en su *Ensayo sobre la Gramática del Asentimiento* y sus *Sermones Parroquiales*, sugería que la formación de la conciencia se concentraba en el aprendizaje de la obediencia y el discernimiento de las emociones. Tenía que ver, en fin, con la interpretación de la voluntad de Dios y exigía necesariamente moverse en el ámbito propio de la fe. Al hilo de sus reflexiones, Joseph Ratzinger sugería la idea de que la conciencia se podía comprender desde esquemas socráticos netamente teologizados. Su mandato se oiría más claramente en contacto con las fuentes primigenias de la naturaleza del hombre que serían, hoy día, la liturgia y lo sacramental. Y Thomas F. Green llegaría a sostener que la conciencia es, en el fondo, educar la atención a una voz entre las muchas que las personas tienen en su cabeza. Ojalá tuviera algo de espacio aquí para desarrollar una breve idea de la manera en que se forma la conciencia. Solo puedo, en fin, anotar dos ideas breves. La primera es que, en efecto, educar la conciencia supone educar una sensibilidad atenta a una voz interna que es necesario discernir entre el ruido que normalmente bulle en el interior de las

personas. Pero esa escucha, que evidentemente supone el lujo del silencio, cuenta con un instrumento identificable en las personas que se han preocupado de pensar la conciencia, y es que, cuando no se producen distorsiones biológicas o psicológicas severas, esta solo imprime una orientación, que es amar. O, dicho de otra manera, de todas las voces, la que me anime a amar es la conciencia. Y esto supone otra reflexión que ya he sugerido. Que el mandato del amor no anula las virtudes comprendidas en un sentido aristotélico, pero exige una petición de tránsito: pensar que existe, que se relaciona con toda la estructura del obrar y que ordena amar. Una vez concedido el beneplácito a esta petición, entonces, se puede decir que quien ama hasta el extremo es fuerte, justo, prudente y templado. Siendo así las cosas, es decir, siendo el amor una virtud que se sitúa en un extremo radical, a amar se aprende amando. Es decir, en continuos ejercicios de amor hacia los que tiene alrededor.

REFERENCIAS

- ALLSOPP, M. E. (1992). Conscience, the Church and the Moral Truth: John Henry Newman, Vatican II, Today. *Irish Theological Quarterly*, 58 (3), 192-208.
- ARCEO E. M. (1990). Cardinal Newman's Conscience-Argument for God's Existence. *Unitas*, 63 (4), December.
- CODA, P. (1994). *Acontecimiento Pascual. Trinidad e Historia*. Salamanca: Secretariado Trinitario.
- (1996). *Dios, libertad del hombre. Encontrar y conocer a Dios-Trinidad*. Madrid: Ciudad Nueva.
 - (2007). *Dios que dice amor*. Madrid: Ciudad Nueva.
 - (2014). *Desde la Trinidad. El advenimiento de Dios entre historia y profecía*. Salamanca: Secretariado Trinitario.
- GARCÍA BARÓ, M. (2011). *La muerte, el amor y otros aprendizajes*. Madrid: Universidad Pontificia de Comillas.
- GIORDANI, I. (1962). *El mensaje social de Jesús*. Madrid: Patmos.
- GREEN, TH. F. (1999). *Voices. The educational formation of conscience*. Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame.

HEMMERLE, K. (2005). *Tras las huellas de Dios. Ontología trinitaria y unidad relacional*. Salamanca: Sígueme.

NEWMAN, J. H. (2005). *Carta al Duque de Norfolk*. Madrid: Rialp.

- (2010a). *Apologia pro Vita Sua. Historia de mis ideas religiosas*. Madrid: Ediciones Encuentro.

- (2010b). *Ensayo para contribuir a una Gramática del Asentimiento*. Madrid: Ediciones Encuentro

RATZINGER, J. (2010). *El elogio de la conciencia. La Verdad interroga al corazón*. Madrid: Palabra.

ROSSÉ, G. (1980). La libertà nella visione cristiana. *Nuova Umanità*, 7, 63-81.

ZANGHI, G. (1980). Poche riflessioni su la persona. *Nuova Umanità*, 7, 9-19.

- (1981). Il sociale come utopia fra política e fede. Riflettendo sulla crisi della cultura contemporanea. *Nuova Umanità*, 15, 6-24.